

CHARLES BELFOURE

EL SECRETO FABERGÉ

Traducción de Yara Trevethan Gaxiola

 Planeta

RUSIA IMPERIAL
1903



UNO

—Qué hermoso día de Pascua —comentó el gran príncipe Dimitri Sergeyevich.

Bebía un zubrowka en la veranda de su anfitrión, el conde Yuri Bykov.

El conde, que estaba de pie junto a Dimitri, cerró los ojos y alzó el rostro para disfrutar la radiante luz del sol.

—Es un clima mucho más agradable aquí que en San Petersburgo, ¿no, Dimitri? —Dio un sorbo a su vodka y regresó a la mansión.

Dimitri lo vio atravesar las anchas puertas francesas que daban a la veranda del ala sur. Admiraba este detalle, así como el resto de la hermosa casa que él había diseñado dos años antes. La mansión de setenta y cinco habitaciones, trazada al modo clásico del gran arquitecto italiano Palladio, estaba revestida de mármol pentélico gris blanquecino; el mismo mármol que se utilizó en el Partenón, en la antigua Grecia. Había creado un pequeño reino para el conde, quien ordenó demoler la casa solariega original del siglo XVIII de su finca de campo de treinta y ocho mil acres para construir una más espléndida, con electricidad, baños modernos y calefacción central.

Dimitri giró para mirar el magnífico paisaje frondoso que se extendía frente a él. Era un maravilloso panorama

montañoso en Besarabia, una provincia en el extremo suroeste del imperio ruso, cerca de la frontera rumana. Pascua, el día más sagrado en toda la Rusia imperial, era una festividad de gran alegría en todo el imperio. En compañía de la familia Bykov, Dimitri y la princesa Lara Pavlovna Markhov, su esposa desde hacía diez años, asistieron la víspera a la misa de medianoche, en la catedral principal de la Iglesia ortodoxa rusa de Chisináu. Al final del oficio, el sacerdote de lengua barba proclamó: «Cristo ha resucitado». Detrás de la procesión religiosa encabezada por los sacerdotes, el pueblo salió de la catedral con velas parpadeantes en las manos, creando con ellas ríos de luz por las calles oscuras, en su camino a casa para la gran celebración de medianoche. Algunos se desviaron hacia el cementerio para desear una feliz Pascua a sus familiares fallecidos.

Las siete largas semanas de ayuno de Cuaresma, cuando no se podía comer mantequilla, leche, huevo y carne, terminaban a medianoche, y Dimitri estaba hambriento de buena comida. Después del oficio de Pascua, una extraordinaria cena los esperaba en la mansión del conde Bykov. Los símbolos de la celebración de Pascua —*kulich*, un pan cilíndrico glaseado en la parte superior; y *pashka*, un requesón relleno de frutas confitadas y vainilla con forma de pirámide trunca— se alineaban sobre la mesa cubierta de lino en el gran salón de banquetes. Todos aplaudieron cuando pusieron sobre la mesa el tradicional lechón de ojos soñolientos, medio cerrados, y piel dorada y crujiente, con un huevo de Pascua metido en la boca. La celebración duraba hasta la madrugada del día siguiente, con la intención de permanecer despiertos para observar el amanecer

de Pascua, pero la mayoría de los invitados cayeron borrachos en su cama.

Ahora era la tarde del domingo de Pascua. La Iglesia ortodoxa no daba misa en Pascua, pero las campanas de la iglesia de la ciudad tañían durante todo el día. Dimitri podía escucharlas débilmente a la distancia. La princesa Lara llegó al lado de su marido.

—Estoy *tan* contenta de que haya acabado la Cuaresma —dijo la princesa Lara.

Después de años de un matrimonio sin amor, Dimitri tenía que admitir que aún seguía impresionado por la increíble belleza de su esposa. Lara se veía deslumbrante en su vestido de encaje lavanda y blanco, acentuado por un collar de diamantes con un pendiente largo en forma de corazón.

—Te entiendo, llevo semanas muerto de hambre —respondió Dimitri.

—No me refería a eso, tonto —dijo Lara con desdén—. Sabes que durante la Cuaresma una mujer no puede usar terciopelo o satén, y la joyería se limita a un mísero collar de perlas. Ahora puedo usar mi mejor ropa y joyas de nuevo.

—Princesa Lara, ¿puedo ofrecerle algo? —preguntó el barón Boris Savarin, un hombre corpulento de aproximadamente cincuenta años, con un rostro amplio, plano y rubicundo.

Cada vez que Lara asistía a un evento social, los hombres la adulaban y se desvivían por atenderla. A ella le encantaba; Dimitri sabía que vivía para ser admirada.

—Es usted un encanto, barón. ¿Podría traerme una copa de champaña?

—Por supuesto, su alteza. Será un honor.

Los domingos de Pascua estaban reservados para hacer visitas. Hombres y mujeres atravesaban apresurados la ciudad, de una casa a la siguiente, para ver y desear a los amigos una feliz Pascua. Siendo noble, el conde Bykov no tenía que visitar a nadie, sino que la gente acudía a él.

Uno de los invitados más distinguidos era el obispo Iakov, el sumo sacerdote de la Iglesia ortodoxa en Chisináu. Como cortesía con la aristocracia, asistía para bendecir el hogar y los alimentos. En un rincón de la terraza, el obispo hablaba con el conde Krijitski. Bykov regresó a la terraza con un nuevo vaso de vodka y hablaba con Vassily Kulgin, un comerciante adinerado, y con el general León Demin.

Cuando Dimitri y Lara se acercaron para reunirse con ellos, él vio humo en el horizonte.

—Parece que algo está pasando en Chisináu —dijo Dimitri en voz alta a los hombres.

A la distancia se arremolinaban columnas aisladas de humo gris que se alargaban hacia el cielo azul, cubierto de grandes nubes henchidas.

—Escuché que hay disturbios en el barrio judío —explicó Kulgin, despreocupado, y siguió hablando con Bykov sobre la cosecha de trigo de ese año.

—¿De qué hablan estos hombres apuestos? —preguntó la princesa Lara con tono pícaro y seductor.

Dimitri había visto a su esposa usar este ardid muchas veces antes, en las innumerables fiestas de la corte y en la sociedad petersburguesa. Viniendo de una aristócrata increíblemente atractiva, los hombres se sentían muy halagados; sobre todo los gordos y entrados en años. Era

particularmente efectivo con los provincianos, algunos de los cuales en realidad se sonrojaban con intensidad. Incluso antes, cuando habían estado enamorados, a él nunca le importaron sus coqueteos; lo divertían. Su desamor comenzó cuando Lara se sintió atraída por el interés de varios de sus admiradores. Savarin le ofreció la champaña y ella besó ligeramente su gorda mejilla en recompensa.

Antes de que alguien pudiera responder, Lara continuó.

—Bueno, espero que sea del nuevo amante de la bailarina imperial, Elizaveta Roerich, el príncipe Gorky.

A Dimitri no le sorprendió esta noticia. Muchos aristócratas rusos eran amantes de su bailarina favorita del ballet imperial, como si fueran propietarios de un preciado caballo purasangre. A cambio de sexo y compañía, el «mecenas» prodigaba joyas, dinero y casas a la bailarina. Ellas cooperaban porque guardaban los regalos como fondos de jubilación para cuando fueran demasiado viejas para bailar.

La condesa Elena Bykov, una mujer aún deslumbrante para sus sesenta y tantos años, se acercó al grupo con la princesa Tremenisky, una encantadora y elegante belleza de cuarenta años que llevaba un magnífico «collar de perro» de perlas y diamantes. Las seguían otras damas de la corte que habían sacado sus mejores joyas y vestidos, como había hecho Lara. Salvo por los oficiales militares, los invitados masculinos iban vestidos de la misma manera, con levitas negras y pantalones grises.

—¡El príncipe Gorky! —exclamó la condesa— ¿Ese viejo torpe? Tiene el tamaño de un oso polar. ¡En la cama dará vueltas y la aplastará como a un insecto!

—Ha engordado tanto que escuché que ahora usa un corsé hecho a la medida —agregó el conde Krijitski.

El grupo estalló en carcajadas, a excepción de Dimitri.

—Dejemos que el viejo príncipe se divierta, tiene problemas en casa —dijo Lara con seriedad—. Su hijo mayor y heredero, Vladimir, se viste como mujer y levanta hombres en los bares de la avenida Nevsky.

—Vlad tiene rasgos muy femeninos y una silueta esbelta. ¡Apuesto a que, con un poco de colorete y maquillaje, es una mujer muy convincente! —añadió la condesa.

—En el último baile de la temporada me preguntó dónde había comprado mi vestido —afirmó la princesa Tremensky—. Le dije que era de Worth.

—Bueno, al menos es un degenerado moral con excelente gusto en ropa —dijo Lara.

Dimitri les lanzó una mirada furtiva de desdén y se alejó del grupo. El príncipe Gorky le caía bien; era un viejo tonto, pero tenía buen corazón. Dimitri sabía que el chisme era la lengua materna de la aristocracia rusa. Lara y estas personas tontas y superficiales lo hablaban a la perfección y constantemente. Estaba harto. No era mojigato, siempre disfrutaba de un poco de chisme, pero últimamente añoraba demasiado una conversación inteligente. Y sabía que no encontraría algo así en la corte.

—Su alteza, el té está servido —anunció un sirviente en uniforme escarlata y dorado que se había acercado a ellos. Todos los criados llevaban zapatos de suelas blandas para silenciar sus pasos.

La condesa guio a una docena de invitados al salón principal, con su techo de bóveda de cañón enlucido y paredes de damasco azul, divididas por pilastras de mármol

rosa. Como buena anfitriona inglesa, la condesa sirvió el té de un burbujeante samovar de plata que unos sirvientes con pelucas empolvadas distribuyeron junto con bandejas cargadas de pastelillos. Se sentaron en sillas y sofás tapizados que tenían al lado mesitas de té blancas estilo Luis XIV. Los criados se afanaban en rellenar los vasos y despejar los platos vacíos. Bykov contaba con un ejército de cuatrocientos sirvientes —tan solo en esta propiedad—; algunos con trabajos extraordinariamente específicos, como un hombre que solo se encargaba de las botas de caza de Bykov. En algunas propiedades, dos lacayos se ocupaban exclusivamente de subir y bajar a la señora por la gran escalera, pero Dimitri había diseñado con ingenio un armario para un pequeño elevador Otis que se encargara de esa labor. Mientras comía, Dimitri podía observar a los sirvientes en el salón de baile, al otro lado del vestíbulo, que tenían almohadillas de fieltro en los pies y patinaban sobre el suelo de parqué para lustrarlo hasta sacarle brillo.

—Yuri, ¿qué sucede en Chisináu? —preguntó.

—Un estúpido campesino fue acuchillado en febrero. Se corrió el descabellado rumor de que los judíos lo hicieron como un asesinato ritual. Resultó que fue el primo del chico quien lo mató para tener derecho a la herencia. Pero estos campesinos ignorantes siguen creyendo que los judíos lo hicieron para tener sangre de un cristiano con la que prepararían la matzá de celebración de Pésaj. Ahora los atacan —respondió Bykov, tomando otro gran pastel de crema de la bandeja de plata que sostenía un sirviente.

Dimitri hizo una mueca. Aunque esta noticia le parecía bastante desconcertante, no causó mayor impresión en el

grupo. Todos siguieron platicando y devorando pasteles como antes.

—¡Yuri, cálmate! Ya has comido más que toda la ciudad de Kiev —lo regañó la condesa. Después cambió la conversación a un tema más agradable—. Me muero por ver cómo serán los huevos imperiales de Fabergé esta Pascua —dijo con entusiasmo.

—El Huevo de la Hoja de Trébol del año pasado es sencillamente extraordinario —exclamó la princesa Tremensky.

El huevo, que tenía un esmaltado verde translúcido, contenía una sorpresa en el interior de cuatro retratos miniatura de las pequeñas hijas del zar. Los marcos estaban incrustados de diamantes azules diminutos.

—El huevo que el zar le ofreció a su madre con la miniatura en oro de su palacio en Gátchina era maravilloso —declaró la condesa—. Tan preciso, hasta la estatua de Pablo I.

—Mi favorito es el Huevo de Cucú, con el gallo rojo. Aparece de pronto, bate las alas y canta —intervino el general Demin.

—La belleza de los huevos de Fabergé es casi demasiado apabullante para la vista —agregó Dimitri—. Lo deja a uno atónito.

Le encantaba todo lo de Fabergé, y acudía con frecuencia a su tienda en San Petersburgo para comprar regalos. Peter Carl Fabergé, el joyero oficial de la corte imperial, marcaba la pauta del gusto de la sociedad petersburguesa.

—El huevo de este año es un diseño de Pedro el Grande —comentó Lara, dirigiéndose más a su té que a los invitados.

—Tonterías —espetó Dimitri—. ¿Cómo puedes saberlo? Ese es el secreto mejor guardado del imperio ruso.

Lara se limitó a sonreír y le dio un mordisco a su tarta de miel.

—Larissa, ¿debes irte hoy? Quería mostrarte las palmeras del nuevo invernadero —se quejó la condesa con voz decepcionada—. Y escuchar chismes mucho más deliciosos y maliciosos.

—En verdad tengo que irme, *ma chère amie*. Tengo una prueba para un nuevo vestido que llevaré al ballet el jueves. Pero aún tenemos tiempo antes de que salga nuestro tren a San Petersburgo, Elena. El tiempo suficiente para darte detalles sobre el *ménage à trois* del barón Volkonsky con su esposa, Natasha, y su hermano.

Esta confidencia suscitó un silencio entre los invitados que de inmediato intercambiaron miradas evasivas y empezaron a hablar entre ellos en murmullos.

—¿Su *hermano*, Kirill? —preguntó la princesa Tremensky.

—Como saben, al barón lo educaron para compartir *todo* con su hermano —contestó Lara.

—Apúrate y termina tu té, Larissa. Queremos todos los pormenores, ¡queremos hasta el último detalle! —exclamó la condesa, emocionada.

Dimitri puso los ojos en blanco.

—Nuestro tren sale a la siete, Lara. Por favor, ten listos los doscientos baúles que trajiste, empacados y listos para partir —ordenó adusto—. Los diez bueyes que van a jalar la carreta estarán esperando.

Su comentario provocó una buena carcajada en los invitados; pero Lara lo fulminaba con la mirada.

Bykov juntó las palmas de las manos y se puso de pie para hacer un anuncio.

—Ahora, ¡un poco de diversión!

Los terratenientes aristócratas tenían sus propias compañías de ballet, junto con orquestas residentes y pequeñas compañías de teatro. Bykov indicó al grupo que lo siguiera al teatro palaciego privado que Dimitri había diseñado en granito rojo y verde con un enorme proscenio de mármol blanco y una cortina de terciopelo escarlata.

—¡La escena de «La orilla del lago a la luz de la luna», de *El lago de los cisnes*, ya va a comenzar! —gritó Bykov.

Las cortinas se corrieron, la música empezó y seis bellas bailarinas comenzaron su danza.

El landó abierto del conde que llevó a Dimitri y a Lara a la estación de tren recorrió las calles empedradas de Chisináu, la ciudad capital de Besarabia. En la provincia también se encontraba la Zona de Asentamiento, donde tenían que vivir todos los judíos de Rusia. Detrás los seguía un carruaje con un ayudante de cámara, la doncella de la señora y el equipaje. Estaban a mil cuatrocientos kilómetros de su casa de San Petersburgo. El traslado en tren tomaría todo el día, pero viajarían en un compartimento cama muy cómodo, con sala de estar y baño. En el trayecto, Dimitri trabajaría en algunos bocetos de un palacio de verano para su primo, el príncipe Andrei Mikhailovich Markhov.

Todo parecía muy tranquilo y normal en Chisináu. Las lámparas de gas se encendían en las calles y la gente paseaba por los bulevares y miraba los aparadores de las tiendas. Su carruaje alcanzó a una carreta lenta, tirada por un

caballo de aspecto cansado. Para su sorpresa, Dimitri vio que en la carreta había cadáveres apilados, cubiertos sin cuidado con una lona. Cuando una esquina de la lona se movió y mostró el cuerpo de un niño pequeño, los ojos de Dimitri se agrandaron de horror y se levantó de su asiento para mirar el cadáver. Era un niño de unos dos años y tenía cabello espeso negro y rizado. Había una gran mancha de sangre seca a un costado de su cabeza. El carruaje rebasó a la carreta y Dimitri torció el cuerpo para no dejar de ver al niño. Cuando el cadáver se perdió de vista, permaneció de pie en el carruaje con una expresión de asco y conmoción. Lara lo miró.

—Dimitri, parece como si te fueras a desmayar. Siéntate de una vez.